LOS PRETENDIENTES,

PASO DE COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

DON EMILIO ALVAREZ.

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA con extraordinario éxito el dia 2 de Noviembre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOLEDAD	SRA. FERNANDEZ.
VALENTIN	SR. MARIO.
PATRICIO	SR. ZAMACOIS.
JIMENEZ, portero mayor	SR. BALLESTEROS.
UN PORTERO	SR. BARDO.
UN MOZO DE CAFÉ	SR. LARA.

ACTO ÚNICO.

Antesala de las primeras dependencias de un ministerio: puerta en el fondo que da paso al despacho del ministro. Puerta en primer término izquierda, otra enfrente. Un gran velador con tapete, escribanía y papel en el centro. Sillas y banquetas de forma elegante y buena construccion.

ESCENA PRIMERA.

JIMENEZ, PORTERO.

JIMENEZ. No ha venido el jefe?
PORT. Aún no.
JIMENEZ. Qué hora es?
PORT. Las once y media.
JIMENEZ. Aún es temprano.
PORT. Pues ya
están esas salas llenas.
JIMENEZ. Qué exactitud; me sorprende
tan puntual asistencia.
PORT. Es que hoy se abre el pago...
JIMENEZ. Ah! Sí.
PORT. Apostaba la cabeza
á que hoy no falta ninguno.
JIMENEZ. Cuidadito con la lengua;

yo no permito que nadie
murmure... y el que se atreva...
Soy jefe de usted.

PORT. Ya sé...

JIMENEZ. Usted me debe obediencia.

PORT. Usté es portero...

JIMENEZ. Mayor.

PORT. Bien está.

JIMENEZ. Salga usté afuera.
¿qué hace usté aquí?

PORT. Voy...

JIMENEZ. El sitio
de usté está en esotra pieza.

ESCENA II.

JIMENEZ, SOLEDAD.

JIMENEZ. Ya empezaba á murmurar:
si yo le llego á dar cuerda,..
Qué mozos! Son la polilla
del ministerio de Hacienda.

SOLEDAD. (Llegando por la puerta izquierda.)
Ya me tiene usted aquí.
He dado pronto la vuelta?

JIMENEZ. Aquí otra vez la viudita
más virtuosa y más bella,
y más firme y más gentil,
y más dulce y más discreta...

SOLEDAD. Mil gracias.

JIMENEZ. La más activa
pretendiente...

SOLEDAD. Pretendienta,
dirá usted.

JIMENEZ. Lo mismo da.
Y que usted tambien pretenda?...
Con esa boca de grana,
y esa manita de cera,
y esos ojitos de cielo,
y esa gracia... y esa... y esa...
trae usted la pretension
extendida en toda regla.
Quién fuera ministro para

echar una firma en ella.
SOLEDAD. Poquito á poco, Jimenez;
lengua muda y manos quietas,
que soy de puro cristal
y el aire sólo me quiebra.
JIMENEZ. Tambien el de los suspiros
de mi pecho?
SOLEDAD. Á mí con esas?
Equivocó usté el camino;
eche usted por la otra acera.—
Conque me va usté á explicar
con franqueza y sin rodeos
qué he de hacer para llegar
al colmo de mis deseos.
Ya mi justa pretension
le dí á usted á conocer;
pretendo la intervencion
de Hacienda de Santander.
El sujeto que ha de ir
á ocupar ese destino,
nada se atreve á pedir
porque no tiene padrino.
Tiene méritos de sobra;
y con ser hábil y honrado,
hace un año que no cobra
ni un céntimo del Estado.
Á cumplir con su deber
no se halla otro más dispuesto,
pero esto de pretender...
él no sirve para esto.
Nombre de hermano le doy,
y es primo, primo segundo;
se puede decir que soy
su único apoyo en el mundo.
Á apoyarle decidida
por todo quiero pasar;
y eso que ya estoy molida
de tanto salir y entrar,
y de oir aquello de
«no está, vuelva usté á otra hora;»
y «por quién pregunta usté?
Adónde va usté, señora?»—

¡Qué señores! ¡qué molestas
antesalas! Pierde una
toda su paciencia en estas
regiones de la fortuna.
Todo se puede allanar
si usted busca un buen registro
para que yo pueda hablar
á solas con el ministro.
Si usted protegerme intenta
se hace en un decir Jesús;
y si no, hágase usted cuenta
que no he dicho *tús* ni *mús*.

JIMENEZ. Servir á usté es mi deseo:
pero tenga usted en mientes
que aquí hay para cada empleo
un millon de pretendientes.
Y en este infernal belen
todos hacen maravillas:
qué mucho que á usted tambien
la saquen de sus casillas!
No hay quien tal furor contenga;
esto es sublime, es divino!
No hay español que no tenga
echado el ojo á un destino.
En fin, yo echaré la red
y veremos lo que sale.

SOLEDAD. Hombre, no se achique usted,
que yo sé lo que usted vale.
Usté alcanza aquí el favor
de que hoy una necesita.
¡Digo! Portero mayor!
La de usted sí que es brevita!
Mi difunto Juan tambien
pretendió una portería;
Dios le dé la gloria, amen,
como así la merecía.
Pero se expresó tan mal
en la peticion, que al fin
le dieron la de un portal
en la calle del Florin.

JIMENEZ. Pobre señor!

SOLEDAD. Era un santo.

JIMENEZ. Pero, hablando con franqueza,
usted que merece tanto
por su donaire y belleza,
no ha pensado usted aún
en una segunda union?

SOLEDAD. Eso... conforme y segun
presente usted la cuestion.
Si consistiera en pensar
ya era asunto concluido;
pero vaya usted á dar
de pronto con un marido.
Si de la cruz á la fecha
usted me le garantiza...
De otro modo... la cosecha
se pierde y se esteriliza.
Tráigamele usté á la mano
y me pone usté en mi centro;
si hace ya medio verano
que le busco y no le encuentro.

JIMENEZ. Pues fácil es la conquista
de uno amante activo y fiel.
Muy corta es usted de vista
si aún no ha dado usted con él.
Hombre jóven, entendido,
tenaz, diligente, osado;
lo que se llama un marido
para usted que ni pintado.
Ántes que el alba madruga,
busca, indaga, recopila;
se enrosca como una oruga,
se escurre como una anguila.
Hombre de instintos tan fieros
y de embestir tan satánico,
que hasta á los mismos porteros
les infunde terror pánico.

SOLEDAD. Sufrido...

JIMENEZ. Como un rocin.

SOLEDAD. Fuerte...

JIMENEZ. Como un ganapan.

SOLEDAD. Su nombre...

JIMENEZ. Don Valentin.

SOLEDAD. Y el apellido...

JIMEÑEZ. Roldan.
SOLEDAD. Por mi parte... si él empieza...
y es fino... y no se propasa...
Pero, ay, Jesús, qué cabeza!
Me dejé la nota en casa.
Y es tarde... y si el jefe viene...
no me puedo detener.
(Volviendo de pronto.)
Ese mozo me conviene.
—Voy... no tardaré en volver.

ESCENA III.

JIMENEZ, PATRICIO despues.

JIMENEZ. La tal viudita es un pez...
pues el otro caballero,
el don Valentin Roldan,
tambien es un mozo bueno.
¡Buena pareja! Y los dos
pretenden el mismo empleo,
y los dos cuentan conmigo;
si yo tuviera otro genio!
Ambos pretenden y es fuerza
ser indulgentes con ellos.
Luégo... á quien Dios se la dé
bendígasela San Pedro.
PAT. (Apareciendo en la puerta derecha.)
Con el permiso de usted.
Se puede pasar?
JIMENEZ. Adentro.
(Este es otro que bien baila.)
No llega usted á buen tiempo.
PAT. Por qué?
JIMENEZ Porque no está el jefe.
PAT. Él vendrá.
JIMENEZ. Pero tenemos
órden expresa de no
molestarle.
PAT. Yo molesto?
JIMENEZ. Usted lo mismo que todos;
parece esto un ubileo;

y se cuelan hasta aquí
yo no sé con qué derecho.

PAT. Oiga usté, yo puedo entrar,
porque yo soy un sujeto...
Usté me conoce á mí?

JIMENEZ. No señor.

PAT. Hombre...

JIMENEZ. Ni quiero.

PAT. No falte usté, que aquí nadie
le falta á usted al respeto.
Conque usté no me conoce?
Mucho me choca á mí eso.
Usté nunca ha oido hablar
de Patricio el pelinegro,
conocido por *el rubio*
en el barrio de Toledo?
Ese sujeto soy yo;
y vengo aquí... porque puedo:
y vengo con la *verdá*;
y vengo á ver á un sujeto,
no diré quién ni quien no,
que me debe á mí el pellejo.
Porque hay un sujeto aquí
que no es nada del Gobierno,
que á este sujeto me envía
con *facultá* para *eyo*;
y este sujeto que está hoy
al frente del ministerio
á aquel sujeto le debe
lealtá y agradecimiento;
porque este sujeto en todo
depende de aquel sujeto,
y ambos sujetos me deben
á mí... lo que saben *eyos*;
que aunque me ve usté vestido
de lana no soy borrego;
y si esos sujetos valen
y hoy campan por su respeto
y entrambos sujetos gastan
y *trunfan* á un mismo tiempo,
á un sujeto se lo deben
que los tiene muy sujetos.

Ya ve usté si para entrar
tengo ó no tengo derecho.
Se ha enterado usté?

JIMENEZ. No mucho.

PAT. Pues aguce usté el *celebro.*

JIMENEZ. En fin, qué pretende usted?

PAT. Hombre, lo que yo pretendo
es la intervencion de Hacienda...

JIMENEZ. Eh! yo no pregunto eso.

PAT. De Santander, porque esa
la he ganado con mi cuerpo;
y ahí van mis antecedentes
para tóo el que quiera verlos:
yo he dejado por la patria
mi oficio de sombrerero,
y me he batido en el Rastro
y en la plaza del *Pogreso,*
y salí con un desguince
en el *tobigo* derecho,
un tute en el espinazo
y un chirlo en el ojo izquierdo
que me da horribles punzadas
en cuanto *yega* el invierno.
¿Y esto quién me lo *susana*?
¡Qué valen en estos tiempos
las notas individuales
del indivíduo?... ni esto!
Aquí no puede haber paz,
porque aquí se falta al pueblo,
y no se le emplea al hombre
que como yo tiene mérito...
y sabe de letras... y
sabe estar en el terreno:
y al final, y últimamente,
yo soy así *cabayero*;
mis opiniones políticas
me *yevan* al cementerío.

JIMENEZ. Conque usted... (Este hombre tiene
influencia en el Gobierno;
importa cambiar de tono.)
Gusta usted tomar asiento?

PAT. Muchas gracias.

JIMENEZ. Con franqueza.
PAT. Se estima, pero no puedo;
no hay instante que perder.
Ha venido alguno de esos?...
JIMENEZ. Todos están.
PAT. Pues entónces
con permiso... voy adentro.
JIMENEZ. Vaya usted.
PAT. Que tenga uno
que andar entrando y saliendo...
Cómo ha de ser! La verdad
es que mi oficio era bueno,
y en él con independencia
ganaba uno... *ú* dos... *ú* medio,
y mal que bien, se vivía,
aunque *fuá* con vilipendio,
y ahora ya no tiene uno
sobre qué caerse muerto.
Pero en fin... con el permiso:
yo sólo la culpa tengo;
por andar en la política
me veo como me veo.
(Se va por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IV.

JIMENEZ.

(Despidiendo á Patricio.)
Dios le dé á usted buena suerte;
sea como yo deseo.
Qué tipo! ¿Quién será este
pelirubio ó pelinegro?
Anda, anda! Las doce y media
y aún el pago no se ha abierto.
¿Habrá contraórden? ¡Caramba!
No me faltaba más que eso.
(Se va por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA V.

VALENTIN, despues el PORTERO.

Valentin asoma cautelosamente por la puerta de la derecha, entra de puntillas y examina toda la escena.

VAL. No hay nadie; nadie me ha visto.
Ya logré colarme dentro;
ya burlé la vigilancia
de ordenanzas y porteros;
ya penetré en la mansion
dichosa, gracias al cielo!
Hablaré con el ministro
y *gloria in excelsis Deo*!

PORT. (Llegando en acecho de Valentin.)
No lo dije? Se coló;
con este hombre ya no hay medio...
¿Qué viene usté á hacer aquí?

VAL. Ya lo ve usted.

PORT. Ya lo veo.
Aquí no se puede entrar.

VAL. Hombre, no sea usted necio;
se puede entrar, toda vez
que entré.

PORT. Salga usté al momento.
Se mete usté en todas partes.

VAL. En todas.

PORT. Con qué derecho?

VAL. No me conoce usté á mí?

PORT. No señor.

VAL. Hombre...

PORT. Ni quiero.

VAL. Pues va usté á saber quién soy.

PORT. ¡Dale!

VAL. Va usted á saberlo.
Yo madrugo ántes que el alba
y hasta el alba no me acuesto;
yo entro en las secretarías
sin permiso del portero;
no hay agente de negocios

á quien yo no ponga en juego,
ni abogado á quien no pida
dos consultas por lo ménos,
ni escribano á quien no traiga
todo el dia al retortero,
ni magnate á quien no pida
la influencia y el dinero,
ni ministro á quien no asedie
en demanda de un empleo.
Yo me aprendo de memoria
la guía de forasteros,
para conocer á todo
empleado del Gobierno
con su nombre y apellido
y el destino de que es reo.
Yo de todas las parroquias
el registro exacto llevo
de quien vive, de quien muere,
y si está empleado el muerto
sé la hora en que sucumbe
con minuto más ó ménos.
Desde niño me inspiraron
el más alto menosprecio
los ardores del estío
y los hielos del invierno;
ni me arredran pulmonías,
ni las fiebres me dan miedo;
para mí no hay estaciones
para mí no hay elementos;
pido, ruego, busco, indago,
entro, salgo, corro, vuelo,
pero todos mis afanes,
pero todos mis esfuerzos,
en la puerta se estacionan
de uno y otro ministerio;
soy el ser más desdichado
que hay en todo el universo.

PORT. Y á mí qué me cuenta usted?

VAL. Sea usted amable.

PORT. No quiero;
salga usté inmediatamente.

VAL. Bien, hombre; tiene usté un genio!...

Por este lado?
(Dirigiéndose á la segunda puerta izquierda.)

PORT. (Designando la de entrada.) No tal.
Por este otro.

VAL. Bueno, bueno.
(Yo volveré; á mí valientes?...
Ya verás tú... ya veremos.)
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

PORTERO, JIMENEZ.

PORT. Por lo encogido de genio
me gusta á mí el hombre este.
En cuanto uno se descuida
con él...

JIMENEZ. (Llegando por la segunda puerta de la izquierda.)
Hola! Qué sucede?

PORT. Qué ha de suceder? La eterna
cuestion; que un *quídam,* un ente
hasta aquí se entró, filtrándose
sin duda por las paredes.
Y como tenemos órdenes
terminantes...

JIMENEZ. Lo de siempre.
Qué se ha de hacer...

PORT. Pues conmigo
no han de valer...
(Valentin cruza precipitadamente la escena, viniendo de derecha á izquierda, sin sombrero, con anteojos verdes, una pluma en la boca, un rollo de papeles debajo del brazo y algunos pliegos en la mano.)
¿Quién es ese?

VAL. Soy de casa, soy de casa. (Desaparece.)

PORT. De casa es; eso se advierte
á la legua. Manda usté algo?

JIMENEZ. Nada.

PORT. Pues aquí me tiene.
(Se va por la puerta derecha. Jimenez desaparece con él un instante.)

ESCENA VII.

VALENTIN, JIMEMEZ.

VAL. (Llega por la puerta segunda izquierda.)
Ya se ha marchado; ya estoy
otra vez en el palenque.
Se atreve á luchar conmigo
ese estúpido sirviente.
Á mí bravatas... pues digo!
Quién llega?... Es él? Es Jimenez.

JIMENEZ. Oh señor don Valentin!
Cuánto me alegro de verle!

VAL. Usted siempre tan amable.

JIMENEZ. Y usted tan activo siempre.

VAL. Qué vale mi actividad
si no me ayuda la suerte?
Usted es aquí la única
persona que me protege:
en cambio tiene usted unos
subordinados crueles.
Ay amigo, qué porteros!
Me tratan como si fuese
un desconocido. Á mí!

JIMENEZ. Ya sé... son unos imbéciles.
Sea usté indulgente con ellos.

VAL. Claro es que soy indulgente.
Mas con todo...

JIMENEZ. El caso es
que ellos con usted no pueden.

VAL. Qué han de poder! ¡Infelices!
En buena parte se meten.
Que me echen á mí porteros,
que me echen mozos, que me echen!
Obsérveme usted á mí,
mire usted mi continente,
examine usté esta planta,
repare usté el brío este,
fíjese usté en esta pierna;
enjuta, flexible, fuerte;
esto es lo que se llama
la pierna de un pretendiente;

de las condiciones físicas
las otras no desmerecen.
Yo tengo fe, tengo una
imaginacion ardiente.
El fuego de mi mirada
atrae, fascina, enloquece;
mi lenguaje es armonioso,
dulce, apacible, elocuente;
yo sé ablandar corazones,
dulcificar caractéres,
sortear dificultades
y vencer inconvenientes.
Y tan excelentes dotes
y medios tan excelentes,
se han de rendir ante un mísero
portero? Nunca, Jimenez.
Mi plan es irrevocable;
mi constancia no se tuerce,
y he de vencer en la lucha
ó en ella he de hallar la muerte.

JIMENEZ. Bien, señor don Valentin;
usted vale, usted merece.

VAL. Gracias.

JIMENEZ. Usté es hombre digno
de figurar... de hacer suerte.

VAL. Lisonjero!

JIMENEZ. Hace un instante
decía lo mismo, en este
mismo sitio, á una mujer
que por usté há tiempo siente
simpatías...

VAL. Por mí?

JIMENEZ. Vaya!
Y usted la conoce.

VAL. Puede.

JIMENEZ. Ella se interesa mucho
por usted; porque le empleen.

VAL. Á mí?

JIMENEZ. Va á hablar al ministro.

VAL. Canario! Eso me enternece.

JIMENEZ. Las mujeres son así;
cuando un hombre las conmueve

y las entra por el ojo
derecho...

VAL. Qué duda tiene?
Mas quién es ella?... No caigo...

JIMENEZ. ¡Bah! Ya caerá usté en sus redes.

VAL. Es jóven?

JIMENEZ. Veintiseis años.

VAL. Y es guapa?

JIMENEZ. De rechupete.
No ha de tardar en venir.
La verá usté en cuanto llegue.

VAL. Hombre, me da usted la vida.
Usté es mi padre.

JIMENEZ. Quién viene?
Este es Patricio.

VAL. Patricio?
Qué hijo de la patria es este?

JIMENEZ. Este pide el mismo empleo
que usté.

VAL. Ah tuno!

JIMENEZ. Es un valiente!
Hágase usté amigo... es grande
la influencia que aquí tiene.
Entra y sale á su placer;
ahora va al café de enfrente;
se bebe una botellita
y se come dos pasteles,
y vuelve con dobles bríos
á la carga.

VAL. ¡Vaya un nene!
Presénteme usted.

JIMENEZ. Despues.
(Jimenez se va al llegar Patricio.)

PAT. Con el permiso de ustedes.

ESCENA VIII.

VALENTIN, RATRICIO.

PAT. Dónde va ese hombre?

VAL. No sé.

PAT. Se va porque vengo yo?
VAL. No señor.
PAT. Cómo que no?
Niega usté lo que uno ve?
VAL. Usted dispense... (Ay qué tio!)
PAT. Pues si es conmigo la cosa
le suelto una escandalosa
de padre y muy señor mio.
Cuando le ven á uno alguno
de estos, creen que uno no tiene
dignidá, porque uno viene
aquí... á lo que calla uno.
Y á mí no se me habla así;
porque yo de bien á bien
soy de cera; pero quién
se atreve á faltarme á mí?
Cómo en el mundo?... Á mí... cómo?
Al que me falte en el mundo
de una razon le confundo
ó de un palo le deslomo.
Que tengo el genio caliente;
y aunque el decirlo esté mal,
soy muy terne... y muy candeal,
mejorando lo presente.
VAL. Gracias; ya es cosa sabida
que es usted hombre de pró.
PAT. Me conoce ussed?
VAL. Quién... yo?
No le he visto á usté en mi vida.
Mas celebro la ocasion
de ofrecerme á su servicio,
mi querido don Patricio,
PAT. (Quién será este cursilon?)
Y usted quién es?
VAL. Yo soy una
persona... un. . Usted no cae
en la razon que me trae
á este umbral de la fortuna?
PAT. Usté es pretendiente...
VAL. Sí.
Puso usté el dedo en la llaga;
sea usté mi padrino; haga

usté algo bueno por mí.
Soy un pobre mequetrefe,
y ante su valer me humillo;
deme usté un empujoncillo,
recomiéndeme usté al jefe.
Salvando uno y otro obstáculo
subí el primer escalon;
si usted me da un empujon
me eleva usted al pináculo.

PAT. Hombre... yo? Si yo no valgo...

VAL. Usté es un valiente...

PAT. Hola!

VAL. Que al bien del país se inmola
con desprendimiento hidalgo.
Usted cree valer poco
porque el vil sueldo aún no cobra...
á usted, Patricio, le sobra
con la gloria...—me equivoco?
Grite usté, ande usté á tiros,
muérase usté, qué más da?
En cambio, lo que no va
en lágrimas va en suspiros.
Brille usted, *gratis pro Deo;*
para usté el lauro, la gloria...
una página en la historia...

PAT. Y para usted el empleo.
Hábleme usté á mí formal,
de qué la viene usté dando?
Todo lo que está usté hablando
es música celestial.
Ni de balde me aventuro
ni para la gloria vivo;
comer es lo positivo
y el mejor amigo un duro.
Con este que usté aquí ve,
y del que amo y dueño soy,
al café de enfrente voy
á tomar un tente en pie.

VAL. (Si pudiera aprovechar
la ocasion...)

PAT. Con su licencia...

VAL. Hombre... qué coincidencia!

Yo tambien iba á almorzar.
Si usted me hiciera el honor
de acompañarme... es decir...
juntos podríamos ir...

PAT. Á almorzar, eh?

VAL. Sí señor.

PAT. Ya... sí. (Te conozco, Orozco!)
Sírvale á usté de gobierno
que en la mesa sólo alterno
con las gentes que conozco.

VAL. (Me partió; vaya un apuro!)

PAT. Conque... salú, cabayero.

VAL. Qué bárbaro!... ¡Qué grosero!
Y que este hombre tenga un duro!

ESCENA IX.

VALENTIN, PATRICIO, JIMENEZ, despues SOLEDAD.

JIMENEZ. Don Valentin, aquí viene.

VAL. ¿Quién viene?

JIMENEZ. La consabida.

VAL. Presénteme usté en seguida,
que esa mujer me conviene.

JIMENEZ. Ande usté á ella; con las damas
sobra la presentacion:
le brindo á usté la ocasion,
no se ande usted por las ramas.

VAL. (Arreglándose el pelo y la corbata.)
Bien haya mi suerte que hoy
no me trata con desden.

JIMENEZ. (Á Soledad, que aparece en la puerta de la derecha.)
Aquí está ya el hombre.

SOLEDAD. ¿Quién?

JIMENEZ. Aquel sujeto...

SOLEDAD. Ya estoy.

JIMENEZ. El pobre llora y se queja
del desden que en usté advierte.

SOLEDAD. ¿Sí?

JIMENEZ. Reniega de su suerte.

(Jimenez desaparece de pronto: Soledad intenta seguirle, y se contiene despues avanzando lentamente al centro de la escena.)

SOLEDAD. Jimenez! Se va... y nos deja.

ESCENA X.

SOLEDAD, VALENTIN.

VAL. (Buena planta.)
SOLEDAD. (No es mal mozo.)
VAL. (No me habla.)
SOLEDAD. (Cierra el pico.)
VAL. (Ya me observa.)
SOLEDAD. (Me examina.)
VAL. (Qué redomada!)
SOLEDAD. (¡Qué pillo!)
VAL. (Encontrándose de frente con Soledad.)
Perdone usté.
SOLEDAD. Usted perdone.
VAL. No la ví.
SOLEDAD. No había visto...
VAL. Usté es sin duda la hermosa
de quien Jimenez me ha dicho...
SOLEDAD. Será usted el caballero
de quien me ha hablado ahora mismo?
VAL. Me ha dicho Jimenez que
pretende usted un destino...
SOLEDAD. Él me ha dicho que usted viene
aquí con igual motivo.
VAL. Que usted lo consiga.
SOLEDAD. Gracias.
Consígalo usted.
VAL. Yo estimo...
SOLEDAD. Es usté un jóven simpático.
VAL. Y usted... tiene usté un palmito...
SOLEDAD. Á un lado galanterías
y lisonjas y cumplidos,
que yo no quiero que usted
pierda su tiempo conmigo:
sabe usted que el tiempo es oro,
sobre todo en este sitio,

y si se descuida usted...
aquí es fuerza andar muy listo,
y si fuera yo un obstáculo
lo sentiría infinito,
que no quiero que por mí
se siga á nadie perjuicio.
¡Jesús! Bonita soy yo!
Y en estos asuntos... hijo,
calle usted, por Dios... tiene uno
el alma siempre en un hilo.
Y por supuesto que usted
se habrá agarrado de fijo
á buenas aldabas... ay!
quién pudiera hacer lo mismo!
pero está una tan escasa
de relaciones... de amigos...
y á fe que no es porque una
tenga el carácter arisco,
ni porque una carezca
de méritos contraidos,
ni de prendas personales,
ni de antecedentes limpios;
que he tenido en esa parte
en mi familia indivíduos
que han prestado á este país
innumerables servicios.
¿Y cuál fué su recompensa?
Dígalo si no mi tio,
que empezó de director
de Rentas en Puerto-Rico,
y hoy es simple cabo del
resguardo en Vitigudino.
Ya se ve, como que en este
berengenal de destinos,
de una plumada, de modo
se trasforma un indivíduo,
que hay quien se acuesta hoy cesante
de capataz de un presidio,
y despierta al otro dia
con la mitra de arzobispo.
Conque yo excuso decir
á usted que si de algo sirvo...

Yo me llamo Soledad
Peral, viuda de don Victor
Perales, gobernador
civil y juez de partido,
jefe superior de Hacienda
y de Fomento y ministro
del Supremo Tribunal,
con sueldo y sin ejercicio,
gran cruz, etcétera, etcétera.
Conque... con este motivo,
desde hoy, en todo y por todo,
puede usted contar conmigo.

VAL. Tambien yo tengo el honor
de ofrecerme á su servicio.
Y qué empleo es el que usted
pretende?

SOLEDAD. Uno muy sencillo.
Aquí tiene usted mi nota.
(Sacándola de un bolsillo.)

VAL. Á ver?
(Sacando un papel de tamaño y forma igual al de la nota que le ha dado Soledad.)
(Es mí empleo... el mismo.)
Pide usted la intervencion
de Hacienda...

SOLEDAD. Para mi primo.

VAL. Tome usted.
(Al volver á Soledad la nota, la cámbia con la suya.)
Pues ese es
el empleo que yo pido.

SOLEDAD. Siento hacerle competencia.

VAL. Señora, lo mismo digo.

SOLEDAD. Dejo á usted solo, que no
quiero causarle perjuicio.
Á usted, que es tan bueno y tan
emprendedor, tan activo.
Jimenez me lo ha contado
todo, todo me lo ha dicho.

VAL. Todo... qué?

SOLEDAD. Quiere uste ahora
que le regale el oido?

Bueno es usted; demasiado
sabe usted ya lo que digo.

VAL. Conque usted... conque Jimenez...

SOLEDAD. Vaya, vaya! Con permiso:
voy á ver al director,
que despues... si me descuido...
y álguien me birla la plaza...

VAL. Yo.

SOLEDAD. Usted?... no sea usted pillo.
Déjeme usted.

VAL. Como usted
se descuide se la birlo.
(Soledad entra en la direccion.)

ESCENA XI.

VALENTIN, despues un MOZO de café, con el servicio expresado en el diálogo.

VAL. Caramba! Aquí cada cual
va detrás de su destino,
y todos entran y salen
y ninguno pierde ripio.
Y en tanto yo... hay que hacer algo.
Si me duermo y no ando listo...

MOZO. (Al salir.) Pase usted recado.

VAL. ¿Quién?

MOZO. Estos porteros malditos
no me hacen caso, y yo aquí
cargado con el servicio.
(El Mozo deja la bandeja encima del velador.)

VAL. Hola! Servicio tenemos?
Para quién es eso, chico?

MOZO. Ah señor, perdone usía.
Por más que me desgañito
no me oye ningun portero;
y eso que es el consabido
piscolabis que á esta hora
se le trae al señor ministro.

VAL. (Qué dice?)

MOZO. El caso es que no
me atrevo á entrarle yo mismo.—

Esta es otra: con la prisa
me dejé olvidado el vino.

VAL. Está lejos?

MOZO. No señor.

VAL. Pues anda, tráelo en dos brincos.

MOZO. Pero es el caso...

VAL. Anda, yo
te guardaré estos avíos.

MOZO. Y se va usté á molestar...
muchas gracias, señorito.

VAL. Anda, hombre. (Sale el Mozo corriendo.)
Dios me proteja,
que defiendo mi destino.
(Se recoge los faldones de la levita, dejándola en forma de chaqueta.)
Todo pretendiente debe
ser audaz y escurridizo.
Gracias á Dios que me veo
frente á frente del ministro.
Veamos quién es el majo
que ahora me cierra el camino.
(Coge la bandeja con una mano, con la otra el paño y desaparece por el foro volviendo á cerrar la mampara.)

ESCENA XII.

SOLEDAD, JIMENEZ.

SOLEDAD. Ha visto usted qué desgracia,
Jimenez.

JIMENEZ. Qué ha sucedido?

SOLEDAD. Que el director no recibe;
estoy hecha un basilisco.

JIMENEZ. Hay que confesar que estos
señores excelentísimos
están cargados de asuntos
muy graves, y es un fastidio
que pierdan tiempo y paciencia
escuchando los gemidos
de cansados pretendientes
que son, vergüenza es decirlo,
plaga de los ministerios

y la polilla del siglo.
SOLEDAD. Bien se conoce que usted
tiene seguro el destino;
de otra suerte, ya usaría
usted lenguaje distinto.

ESCENA XIII.

SOLEDAD, JIMENEZ, PATRICIO.

PAT. Impedirme á mí la entrada?
Á mí voces... á mí gritos?
JIMENEZ. Qué es eso?
PAT. Un mozo que se ha
insolentado conmigo.
Qué apostamos á que emprendo
con todos á un tiempo mismo
y no me queda en la casa
un sólo empleado vivo?
JIMENEZ. Cuidado cómo se habla.
PAT. Pues ea, lo dicho dicho.
JIMENEZ. Pues yo haré...
(Ábrese de pronto la mampara del foro y sale Valentin saltando y brincando.)
¿Qué ruido es ese?

ESCENA XIV.

SOLEDAD, VALENTIN, PATRICIO, JIMENEZ.

VAL. Ya le he visto! ¡Ya le he visto!
TODOS. Á quién?
VAL. Al ministro.
TODOS. Á quién
ha dicho usted?
VAL. Al ministro.
Le ví, le hablé; oh, fortuna!
JIMENEZ. Mas por dónde?... Cómo ha sido?
Cómo ha entrado usté, á pesar
de la órden...
VAL. Amigo mio,
véngame usté á mí con órdenes;

eso no reza conmigo.
Yo me valí de mis mañas,
cierta treta... un recursillo...
Vino un mozo del café
con un ligero servicio,
y en prueba de ello aquí están
el jamon y el panecillo
que voy á comerme en cuanto
vuelva el mozo con el vino
que se le olvidó; y yo entónces
aprovechando el olvido,
le eché de aquí y ocupé
su puesto al instante mismo.
Abro la mampara, entro,
encuentro el paso espedito.
Salvo la antesala, suelto
la bandeja en el pasillo,
entro en el despacho; aquello
no fué ni visto ni oido.
Me ve el ministro, me mira,
yo me adelanto, me inclino;
presento mi memorial;
le toma, y al leerle dijo:
«Ya sé de lo que se trata;
de un jóven desatendido
que tiene notable mérito
y antecedentes muy dignos!
Vaya usted con Dios, que ya
tomo el asunto yo mismo.»
Figúrense ustedes cuál
sería mi regocijo
al oir aquellas palabras
que aún suenan en mis oidos.
En fin, salí del despacho
y me planté aquí de un brinco.

SOLEDAD. (Es una alhaja este hombre.
Si algun dia fuera mio!)

PAT. Con el permiso de ustedes:
aunque usted perdone, amigo.
Puée usted decirme qué empleo
es ese que usté ha pedido?

VAL. Es la intervencion de Hacienda

de Santander.

PAT. Es el mio.
Pues si á usted se le conceden
vamos á arder todos vivos.

JIMENEZ. (Al Portero, que cruza la escena.)
Á dónde vas?

PORTERO. Á llevar
esta nota á su destino.

JIMENEZ. Dame aquí; está marginado
por su excelencia. Qué miro?
Esta es la nota de usted. (Á Soledad.)

VAL. No diga usted desatinos.
Es la mia, la conozco.

SOLEDAD. Lea usted.

JIMENEZ. «Antonio Campillo,
á vuecencia expone...»

SOLEDAD. Ese
es el nombre de mi primo.

JIMENEZ. Y al márgen: «Provéase.»

VAL. ¿Cómo? El único destino
que he conseguido en mi vida,
y es para otro!

SOLEDAD. (Tomando la nota.) Dios mio!

PAT. Conque en resumidas cuentas
el empleo se ha provisto?

JIMENEZ. Ya lo ve usted.

PAT. Pues qué piensa
esta gente hacer conmigo?
Cuando digo yo que aquí
no le queda á uno otro *albitrio*
ni más remedio que andar
todos los dias á tiros.
Dios me tenga de su mano!
Voy á armar un laberinto!...

JIMENEZ. Dónde va usted?

PAT. Al infierno!

JIMENEZ. (Saliendo detrás.)
Venga usté acá, don Patricio!

ESCENA ÚLTIMA.

SOLEDAD, VALENTIN.

SOLEDAD. Se ha quedado sin empleo.
VAL. No hay duda que me he lucido.
SOLEDAD. Á usted se lo debo todo;
á su interés infinito,
á su ingenio, á su destreza...
Si hallára un modo expresivo
de pagar á usted...
VAL. De veras?
Pues el modo es muy sencillo.
SOLEDAD. ¿Cuál?
VAL. Desea usted pagar?
SOLEDAD. Ay, sí; con deudas no vivo.
VAL. Deme usté aquí ese papel.
(Tomando la nota de Soledad.)
Basta conque en este escrito
lea usted Valentin Roldan
en vez de Antonio Campillo.
SOLEDAD. Pobre primo! Pero cómo?
VAL. Eso lo arreglo yo hoy mismo.
SOLEDAD. Pobre primo! Entónces... sea.
VAL. La mano.
SOLEDAD. Eso á mi marido.
VAL. Pues á mí.
SOLEDAD. Vaya por Dios!
VAL. Ya tengo esposa y destino.
(Al público)
Mas del empleo que hoy gano
hago renuncia formal,
sino rubrica tu mano
la anhelada credencial.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería EL TEATRO.

re re no bi mi se re re no bi

